

nos, Austrasianos, Borgoñones, Bávares y Alemanes; el otro de Meridionales, es decir, Provenzales, Septimanos, Longobardos, ó lo que es lo mismo Italianos: estos debían atravesar los desfiladeros orientales de los Pirineos, en tanto que Carlos conducía á los Septentrionales al través de la Aquitania y Gascuña, donde su tolerancia ú otros motivos habían permitido que se posesionase de ellas Lupo, hijo de Gai-féros, émulo antiguo de los Carlovingios. Por el desfiladero de Roncesváles desembocó Carlos en Pamplona, que conquistó por entrega que le hizo un partidario de Soliman. Una vez pasado el Ebro llegó á Zaragoza: desde aquí la historia ya no tiene datos en que apoyarse.

Los enemigos de Abd-el-Rahman que podían auxiliarse estaban mezclados con las tropas de los Yemenianos; los Cristianos de los Pirineos Occidentales en vez de favorecer al rey franco recelaron atacase su independencia, que en Vizcaya y Navarra habían conseguido conservar contra los Moros; Lupo, que supo inducirlos, se los agregó á su partido, y este implacable enemigo de los Carlovingios se dispuso con su ayuda á exterminar al rey franco: también se unieron con los Árabes, como hicieron andando el tiempo los Vascos, que mas de una vez se conjuraron contra los Francos.

Carlos, que sitiaba á Zaragoza, perdida la esperanza de tomarla y viendo que de todas partes los Árabes se le venían encima, determinó volverse reuniendo los dos cuerpos del ejército. En los desfiladeros de los Pirineos cayó en una emboscada que le tenían preparada los Vascos, y tal mortandad le causaron en Roncesváles, que no dejaron vivo á ninguno de los que formaban la retaguardia. Carlos desahogó su dolor haciendo ahorcar á Lupo, pero no pudo saciar su venganza en aquella raza irreconciliable gascona; repartió el ducado en los hijos del muerto.

No tardó la Septimania, adonde se retirara Carlos, en verse poblada de Cristianos que acudían de España, y también de Árabes que se habían comprometido en aquella expedición, y venían huyendo de las persecuciones que sufrían; su posteridad fué siempre protegida por los Carlovingios en aquel país.

Aun cuando la mayor expedición que Carlos emprendiera le había salido tan mal, y perdiera la esperanza de desterrar el islamismo del Mediodía como hiciera con la idolatría en el Septentrion, no por eso desistió de su idea, ántes bien las causas que hicieron abortar sus proyectos estimulábanle persistir en ellos. Abd-el-Rahman consolidaba su poder domando la anarquía, y pronto tal vez, reunidas todas las fuerzas de la España, dirigidas á una sola empresa nacional, se presentaría á resolver la cuestión que por espacio de medio siglo se agitaba á la falda de los Pirineos entre el islamismo y el Cristianismo. Campeón de la fe y civilización de Occidente, Carlos conocía la gran responsabilidad que sobre él pesaba y

trató de adiestrar la Aquitania para tamaña empresa.

Así se llamaba el país que había mas allá del Loira, nombre debido á su posición, y porque tenían tropas ligeras, á usanza de los Árabes, que avezadas á la guerra de montaña y emboscadas en sus montes inaccesibles, se componían de personas fieles y celosas de su propia religión como los Árabes andaluces de la suya. Como aun recordaban las batallas que sus padres ganáran á los primeros invasores árabes, no querían aliarse á los Francos por orgullo. Carlos se propuso hacer de la Aquitania otra Italia, formando un reino particular, en cierto modo dependiente del imperio, pero con libertad propia, y destinado á contener á los Árabes andaluces en los confines de la Península; modo político y el único de utilizar el orgullo nacional de los Aquitanos, halagando su pretensión de formar un pueblo aparte, y su esperanza de conseguir la independencia.

En el tiempo que Carlos se ocupaba en los negocios de la Península, Witikindo volvió de su emigración, y habiendo lanzado el grito de patria y libertad, todos los Sajones empuñaron las armas, arrojóse á los Francos, asesinóse á los sacerdotes, y se hicieron correrías en el territorio franco, talando la ribera derecha del Rhin, que no se atrevieron á pasar. Acudió un refuerzo de Francos y volvieron á internarse en su país, adonde tampoco los Francos se atrevieron á penetrar. Cuando la estación lo permitió (779), Carlos llevó su ejército mas allá del Rhin, arrolló á los Sajones, se posesionó del Weser, y sometió con las armas los Westfalios; los Ostfalios y Angrianos se le rindieron, y al año siguiente en una nueva campaña acabó de subyugarlos, y por todas partes se alzaron cruces y se fabricaron iglesias.

Llegado el otoño, se encaminó á Roma con toda su familia para adorar el sepulcro de los Apóstoles. La ciudad santa era la inspiradora de su genio como el de tantos otros grandes hombres; aprendió el latín, y gustaba de que le leyeran los anales antiguos, manifestando siempre mas veneración é inclinación á los actos y sistema de los Romanos. Era su pensamiento capital (dice Eginardo, cap. 27) restituir á Roma su primitivo esplendor; y no creía suficiente que la Iglesia de San Pedro disfrutase de su protección, quería que superase á todas en riquezas, y de allí las cuantiosas remesas que durante su vida envió de plata, oro, piedras preciosas, y regalos sin cuento para el Pontífice.

Por entonces falleció Leon IV, emperador de Oriente, é Irene, su viuda, tomó la regencia á nombre de su hijo Constantino V. Esta señora formó el proyecto, para afirmar su poder, de casarse con Carlos, el rey mas poderoso de Occidente, y de este modo reunir las naciones del antiguo imperio romano; pero temiendo que pudiese volverse en contra suya ó de su hijo tal enlace, la retrajo de su idea y se limitó

á proponer un matrimonio entre su hijo y Rotruda, primogénita de Carlos.

Esta alianza, que quería consultar con el Papa, le obligó á volver á pasar los Alpes, aprovechando este paso para consolidar su nuevo reino, pues como en toda dominación reciente, agitábase los ánimos recordando las grandezas perdidas y las esperanzas malogradas, creciendo de tal modo la miseria que se aumentó el tráfico de esclavos hasta llegar á venderse Romanos y Longobardos, no solo á los Griegos sino á los Sarracenos: el papa Adriano aseguró al rey que muchos Longobardos se entregaban esclavos de motu proprio á los Griegos para poder conservar la miserable existencia.

Carlos, despues de pasar el invierno en Pavía, volvió en la primavera (781) á Roma, donde hizo bautizar, confirmar y ungir reyes á sus hijos Pepino y Ludovico; en esta ciudad concluyó los esponsales entre el emperador de Constantinopla y su hija, pero á condición que no se llevarian á debido efecto. Complació al Papa el coronar con su mano á los dos reyes de Lombardia y Aquitania, porque esto le daba una especie de superioridad; y á Carlos le facilitaba el disponer de las provincias sin consultar á los Francos, salvo en caso de ocurrir algun desastre, que entonces recaía la responsabilidad sobre el papa.

Los Sajones tascaban el freno, y se aferraban á sus añejas creencias por odio y envidia contra los Francos, teniendo por leyes tiránicas la división de territorio, el censo de las personas, y por último, cuantas medidas de orden y administración se tomaban. Witikindo (783) había renovado alianzas con los Sorabos y otros pueblos eslavos, á quienes atemorizaba la proximidad de los Francos; imbuidos por Witikindo se sublevaron cuando ménos lo esperaba Carlos, que se mecía en falaces ilusiones, y destrazaron el ejército de los Francos. Acudió Carlos, y rechazado Witikindo se refugió á Normandía, mas exasperado el vencedor se ensañó con los rendidos, y despues de asolar el país, mandó decapitar en un solo día en Verden á cuatro mil quinientos próceres.

Creía que el terror amenguaria el valor, y sucedió que se convirtió en desesperación, costándole nuevas campañas (784) y no pocos descabros. Los Turingios quisieron aprovecharse de la rebelion de los Sajones y del descontento de Taxilon para sacudir el yugo franco; pero Carlos previno el golpe, arrestó á los principales y á los jefes, que no negaron haber querido libertar la patria, y uno le dijo: « Si todos mis amigos y aliados hubiesen pensado como yo, jamas habrían vuelto á ver el Rhin. » Castigólos Carlos sin ninguna generosidad, mandando matar á unos, sacar los ojos á otros, y desterrar á los demas, prévio el despojo de todos sus bienes, que se repartieron entre vasallos francos, para sofocar el espíritu de rebelion.

En lugar de licenciar sus tropas, Carlos las

llevó contra los Sajones y avanzó desde el Rhin hasta el Weser, hasta que las lluvias del invierno suspendieron las operaciones: para no perder el tiempo, distribuyó, su gente por todas partes (785) con orden de saquear, incendiar y arrasar las fortalezas, capitaneando él mismo alguna de estas cuadrillas de bandoleros. Para colmo de fortuna, Witikindo, desesperanzado del triunfo de la causa nacional, se presentó á él y le ofreció no combatir mas contra su persona, negándose resueltamente á batirse en su favor; cumplió su promesa, y convertido á la fe de Cristo llegó á ser troncal propagador de una familia de la que muy nobilísimas casas se vanaglorian de descender. Así se pacificó la Sajonia y juntamente los Frisones, y se distribuyó la comarca legalmente en diócesis y condados.

Para la expedición que emprendió contra los Bretones, pueblos que difícilmente renunciarían á su independencia, llevó sus soldados sin convocar.

Venciólos por entónces; mas no tardaron en rebelarse de nuevo, y solo al cabo de doce años pudo decirse que estaban realmente sometidos á la dominación de los Francos. Afianzada la paz entre sus vasallos, determinó finiquitar su cuenta con los dos yernos de Desiderio, Arigiso y Taxilon, duque el primero de Benevento y el segundo de los Bávares.

Avanzó hácia Italia en el otoño del año 786, y cayendo de improviso sobre Arigiso, lo arrolló sin querer escuchar propuestas de paz; y si no taló el país, se debe á las súplicas que el mismo Arigiso le hiciera en union con los obispos apoyados también por el Papa; por otra parte las muchas ciudades que cubren aquella comarca, y que cada una le hubiera costado una campaña, contribuyeron á que mudase de opinion.

Taxilon, envidioso de la grandeza siempre en aumento de Carlos, si no se atrevía á declararse en contra suya, al ménos rehuía el aliarse lealmente con él, inducido por su mujer, hija de Desiderio: en esta irresolucion había malogrado todas las ocasiones de obtener ventajas de Carlos, ó de favorecer á sus enemigos. Carlos por su parte, que conocía la importancia de la Baviera, no se atrevía á obrar abiertamente contra el duque hasta que la Italia entera no estuviese pacificada; determinóse por consejo del Papa enviar á llamar á Taxilon, quien se dejó convencer á reconocerse vasallo; pero observando que lo recibieran con desconfianza y que ademas le exigian rehenes, se volvió á su reino con sentimientos hostiles, y obró como independiente.

Carlos convocó el parlamento en Worms, y allí manifestó el comportamiento de Taxilon; en vista de ello todos opinaron que se le debía declarar la guerra. Reducido á la extremidad (787), Taxilon recibió de nuevo el título de vasallo, entregando á Carlos la Baviera como feudo ordinario, para cuyo efecto puso en sus



manos un bastón ó pértiga que terminaba con la figura de un hombre (1). Desde aquel momento vivió rodeado de espías, y estos revelaron ó inventaron que había dicho en alta voz que prefería la muerte á tal ignominia, que trataba de unirse con los Avaros, con Arigiso, con la corte de Constantinopla, que envidiosa de las conquistas de Carlos acogió las proposiciones del Longobardo y aprestó una flota para Adelco.

Carlos en vista de estos hechos citó (788) ante la dieta Ingelheim á Taxilon, que compareció muy confiado: inmediatamente fué arrestado, despojado y metido en la cárcel; se le secuestraron sus tesoros, y se le formó un proceso, cuyo resultado se adivinaba; efectivamente fué sentenciado á muerte, y conmutada esta por el claustro. Á sus hijos se les cortó también el cabello, y á los Bavaros que permanecieran fieles se les desterró ó encarceló; sus posesiones se dieron como premio á los partidarios de Carlos. Así terminó la estirpe de los Agilulfingos; el pueblo perdió su independencia, mas no el nombre y la memoria.

Taxilon había renunciado al mando del que fuera su reino, pero en él conservaba todavía extensas posesiones, que Carlos anhelaba poder repartir entre sus fieles partidarios: con este motivo trató de ver otra vez al pobre príncipe ó inducirlo á este último sacrificio. Compareció, pues, ante el concilio de Francfort, confesó de nuevo sus desafueros contra Carlos y su familia, despues le abandonó todas sus riquezas, recomendando sus hijos al rey: este le perdonó generosamente, lo volvió á remitir á su retiro, y ya no se volvió á hablar de él ni de sus hijos.

Carlo Magno se encontró de este modo señor de un país tan importante como la Baviera; pero no tardó en emprender nuevas conquistas. Los Bavaros, por espíritu de conservación, habían tenido á raya á los Bárbaros, manteniéndolos en sus confines orientales, sirviendo, por decirlo así, de baluarte á la Germania. Las últimas invasiones de los Avaros y Hunos habían sido rechazadas, pero podían renovarse. Para resguardar la Baviera creyó Carlos conveniente poseer algunas ciudades en la ribera del Ems que le sirvieran de apoyo contra los Avaros, ensanchando por este medio las fronteras de Baviera. Como esta expedición tenía trazas de ser decisiva, empleó dos años en los preparativos, en cuyo tiempo dejó tranquilos á los pueblos eslavos situados entre el Elba y el Oder, y en particular á los Wilzos. Pasó por fin el Rhin por Colonia, y despues de atravesar el Weser, se adelantó hasta el Elba, llamando á las armas el eriban de los Sajones, cuya sumisión aquilataba de este modo con la prueba mas gravosa, y con ellos una escuadra de Frisones penetró entre los Wilzos. Los Germanos no tenían ciudades, y aun cuando Tácito en sus anales llama á sus poblaciones con este nombre, lo hace por

(1) *Ana ex Nazarianos*, ap. PBRZ, p. 43.

asimilación; así los autores modernos no mencionan una siquiera en la derecha del Rhin y en la siniestra del Danubio, y solo hablan de lugares, alcázares y campamentos. Con todo, en estos pueblos eslavos se encontraron, y en una de ellas residía el príncipe Dragawit, quien al ver la actitud de los Francos, acudió á someterse como tributario, imitándole los demas.

Conseguido este triunfo, Carlos se dirigió contra los Avaros (791) despues de revistar en Baviera sus tropas que dividió en tres cuerpos: uno de Longobardos, que debían avanzar por el Friul y la Istria; otro de Sajones y Frisones, que despues de atravesar la Bohemia, debían extenderse por la derecha del Danubio; reservóse para sí los Francos, Suevos y Bavaros. Preparóse impetrando el auxilio divino por espacio de tres días, y rompió las hostilidades contra los Hunos, á quienes rechazó hasta el Raab; sin embargo, la epidemia que se declaró en los caballos y que causó la muerte de todos, suspendió la campaña.

La expedición contra los Avaros (791), á la que Carlos obligó á ayudarle á los Sajones, demostró á estos cómo se entendía el eriban; así es que al verse lejos de sus hogares, teniendo además que mantenerse á su costa por espacio de tres meses, agregándose á esto el término lejano de la guerra, comprendieron cuánto habían perdido al perder su independencia. Impulsados de estos recuerdos, al volver de nuevo á ser llamados á las armas asesinaron á los Francos y á los sacerdotes, arrasaron las iglesias, y « como perros hambrientos, volvieron al paganismo (1). » Por aquel tiempo, Grimoaldo, hijo segundo y sucesor de Arigiso en el principado de Benevento, se proclamó independiente, acuñó moneda con su efigie, construyó fortalezas, y era de temer que le apoyasen los Griegos. Carlo Magno (792) envió en contra suya á Pepino, rey de Italia; pero no fiándose de los Longobardos, le dió por auxiliar á Ludovico con el eriban de los Aquitanos. Entretanto los Sarracenos amagaban por los Pirineos, y á tantos enemigos se agregaba el mas poderoso de todos, un hambre tan general que Carlos puso á prueba su genio en esta ocasion. Esperó, pues, en Baviera estando á la defensiva con los Avaros, y entonces concibió el proyecto grandioso y atrevido de unir el Rhin con el Danubio y de este modo comunicar el Mar Germánico con el Negro. Cavaron el canal millares de obreros y abrieron unos dos mil piés de longitud; pero no sabiendo nivelar ni sostener las orillas, abandonóse la obra que quedó imperfecta, aunque solo el haberla ideado basta á honrar en alto grado á su inventor.

Sometido Grimoaldo, pudo Ludovico continuar teniendo en jaque á los Árabes, y Pepino dedicarse á proseguir la guerra contra los Avaros, que sostuvieron ocho campañas. Puso fin á

(1) *Chr. Moissiac.*

esta guerra y á la expulsión de los Avaros del país entre el Danubio y el Theis la traición de su príncipe Tudun: posesionáronse los Francos (793) del círculo (*ring*) atrincherado, donde los Avaros habían depositado los despojos que durante dos siglos habían ganado de todos los pueblos, especialmente del imperio de Oriente; la flor de sus guerreros sucumbió, y quedó yerma la Panonia. Carlos regaló á la Iglesia Romana la mayor parte de tan riquísimo botín, repartiendo el resto entre sus magnates, guerreros y siervos. Ofendido Tudun de que Carlo Magno hubiese elegido en su lugar otro kacan, volvió á guerrear de nuevo, y los Avaros también de vez en cuando repitieron sus esfuerzos por recobrar su independencia; pero quedaron sin resultado estas tentativas, y la Europa gozó de tranquila paz, porque un gobierno particular que Carlos fundó en Panonia en el país conquistado, llamado Marca de Baviera y Austria, enfrenó sus irrupciones y devastaciones.

Quedaba que saldar la cuenta con los Sajones, para lo cual acudió Carlos en persona, y los replegó á sus cabañas. Al año siguiente (795) volvió contra ellos y asoló el país; la guerra, con todo, nada favorable producía, pues no había estabilidad en la paz; tan luego como Carlos se retiraba, los Sajones empuñaban las armas y se entregaban al paganismo, que para ellos era como el símbolo de la nacionalidad; la campaña que cada año se abría solo servía para aumentar los sacrificios. Así, con el objeto de concluir de una vez, hizo trasladar á los mas influyentes con sus mujeres é hijos al interior de las Galias, para que expatriados para siempre no pudiesen sublevarse, y los bienes que estos dejaron los repartió entre sus soldados, obispos y sacerdotes.

No estaba muy pacífico tampoco el Mediodía, pues las correrías de Carlo Magno en los Pirineos no sirvieran para nada, y Abd-el-Rahman, haciendo un esfuerzo supremo para someter á los emires rebeldes, se apoderó de Zaragoza y Pamplona, y taló la comarca de los Vascos.

Ludovico, rey de la Aquitania, había adoptado el traje nacional, y cuando se presentó á su padre iba vestido á la usanza gascona, ferreruelo corto y redondo, túnica de mangas perdidas, gregüescos anchos, botas con espuelas, y venablo en mano, vistiendo del mismo modo los jóvenes señores que formaban su comitiva (1). Carlos conoció que no se había extinguido la antipatía de los Meridionales con los Septentrionales, y procuró sujetarlos con mano robusta, aunque la Gascuña de vez en cuando se pronunciaba contra el gobierno aquitano, aprovechándose de los acontecimientos de España, donde Hixem I, hijo de Abd-el-Rahman, se preparaba á conquistar toda la parte septentrional, Narbona, la Septimania y hasta el Ródano. Algo alarmaron á Carlos

(1) *ASTRONÓMUS, Ludovici vita.*

estas disposiciones, pues los revoltosos gascones podían auxiliarlos; en su consecuencia preparóse á la defensa, aquietando los disturbios (789) y poniendo el país en pié de guerra.

En este intermedio Hixem hacía publicar en todas las mezquitas la guerra santa, y á su llamamiento acudieron cien mil hombres, que saquearon el reino de Asturias y la Septimania, llevándose innumerables cautivos; valiéronse Carlo Magno se hallaba á la sazón en el Danubio, y mal informado de lo que pasaba, enviara á su hijo Ludovico á apoyar en Italia á Pepino contra los de Benevento, que en nada se habían mezclado. Aunque los Cristianos de Asturias hicieron prodigios de valor, y pagar cara á los Moros su victoria, irritados estos derramaron torrentes de sangre, se apoderaron de Gerona y Narbona (794), degollando tantos hombres que « solo Dios que los crió lo sabe. » Del botín se sacó la quinta parte que pertenecía al rey Hixem y subió á cuarenta y cinco mil miztacos de oro, que destinó para la construcción de la gran mezquita de Córdoba. Corrieronse sobre Carcasona, y encontraron el ejército aquitano, pero tan débil que apenas les hizo cara, de modo que la Septimania estaba á punto de volverse musulmana. Afortunadamente los Árabes necesitaban reponerse de las pérdidas sufridas anteriormente, y no prosiguieron sus conquistas. Por entonces volvió el ejército aquitano de Italia, y para mayor ventaja, muerto Hixem (796), bajo el reinado de su sucesor Al-Akem I, surgieron en España numerosos pretendientes. Uno de ellos, llamado Abdallá, propuso al rey de los Francos que sublevase la Septimania (1), mientras él fomentaba la insurrección interna: así se hizo, y los Franco-Aquitanoes recobraron á Narbona y Gerona, y marcharon sobre Lérida y Huesca, cuyos emires se sometieron, como asimismo el de Pamplona. Al-Akem acudió á recuperar lo perdido, invadió la Septimania, llevándolo todo á sangre y fuego, y mereció el título de victorioso.

Las sublevaciones intestinas reclamaron su presencia, y Ludovico recibió en Tolosa los plácemes y enhorabuenas que los pueblos le tributaron: allí comparecieron los diputados de Alfonso I de Asturias que venían á concertarse contra los musulmanes: preparóse una expedición para el otro lado de los Pirineos, rescatáronse muchas poblaciones, y se formó un señorío dependiente de la Marca de Gotia, que fué el núcleo del futuro condado de Cataluña. Quedaba en poder de los musulmanes la ciudad de Barcelona, demasiado importante como centro de las expediciones contra la Septimania. Hicieron cuantos esfuerzos pudieron los Aquitanos por apoderarse de ella; y el duque Guillermo, que fué despues santo y que

(1) Todos estos hechos se hallan, por decirlo así, en la historia de Fauriel. *Hist. de la Galie Merid.*, tomo III.



acaudillara todas las expediciones emprendidas, capitaneó las tropas que cada año iban a talar aquel rico territorio, en las estaciones de la siega y de la vendimia. Al fin se reunió un grueso ejército, con el que asaltada la ciudad (801) tuvo que rendirse, convirtiéndose desde aquel momento en baluarte de la parte ya conquistada del país entre el Bajo Ebro y los Pirineos Orientales, sirviendo de puesto avanzado, de donde salían las expediciones que corrían la costa hacia Tortosa, y por el interior hacia Lérida, Zaragoza y Huesca.

Tal fué el resultado de una guerra que duró quince años entre Árabes y Franco-Aquitano por el lado del Pirineo perteneciente a la Gotia. En la Marca de Gascuña también se luchaba aunque en menor escala, y en las correrías y en los tratados que se arreglaban con los revoltosos musulmanes, unas veces se ganaba, otras se perdía; pero siempre se talaba el país y se derramaba sangre.

Donde mayores esfuerzos se hacían era en los Pirineos Orientales; conquistada Barcelona pensóse en Tortosa. Duró muchos años, y siempre encarnizada, la lucha de los Cristianos de Aquitania con los Moros; peleábase de un mar á otro, en Galicia, en Asturias, á las cuatro puertas de los Pirineos, como decían los Árabes, y en las orillas del Ebro. La traición de los Vascos apuraba con frecuencia á los Cristianos, hasta que en el año 812 se concertó la primera tregua entre los Árabes andaluces y los Cristianos de la Galia. Bien cumpliera la misión que Carlos le dió el reino aquitano. Las conquistas conseguidas al otro lado de los Pirineos eran un motivo de animarse á emprender otras; y efectivamente, en adelante los Árabes tenían que pensar en defenderse sin tratar de pasar al otro lado de los montes.

En el año 795 había perdido Carlo Magno un amigo en el papa Adriano, á quien lloró como á un padre. Leon III, elegido para sucederle, aunque lo fué por unanimidad, cosa que pasó por inspiración suprema, tuvo enemigos que tacharon de ilegítima la elección y á él le acusaron de todos los vicios. Inmediatamente escribió á Carlo Magno, remitiéndole las llaves del sepulcro de San Pedro, y el estandarte de la ciudad, rogándole enviase á Roma uno de sus consejeros que decidiese al pueblo á reconocer su autoridad y jurarle fidelidad (1). Con esto reclamaba protección, pero no dominio; y efectivamente, en nada se alteraron las antiguas relaciones del rey de los Francos con el Papa; Carlos le contestó felicitándose á sí propio, pues con aquel paso se estrechaba más el lazo indisoluble de fidelidad y amor que con su bienaventurado predecesor contrajera.

Pasaron algunos años, y los odios sofocados contra el Papa estallaron en una conspiración; Leon fué preso y maltratado, y gracias á Vini-

(1) EGINAR O.

giso, duque de Espoleto, que acudió á sacarlo del poder de los ascenos, pudo salvarse (799). Escribieron estos descaradamente á Carlo Magno remitiéndole una relación enteramente contraria donde se desfiguraban los hechos; visto lo cual conoció era precisa su intervención en la cuestión, y rogó al Pontífice viniese á su cuartel general de Paderborn, donde se hallaba preparándose á salir contra los Sajones.

Vencidos estos, pudo dedicar su atención á los negocios de Roma, y como siempre había tenido que estar á la mira, concibió tal vez la idea de aclamarse emperador, y como tal ostentar pretensiones sobre todo el antiguo imperio romano. Es poco creíble que al Papa le ocurriese semejante cosa, si se atiende á que este no podía prever si con esto perdería la Santa Sede la excelencia adonde las necesidades de los pueblos la eleváran. Á Carlos, por el contrario, no debió parecerle difícil hacerse reconocer en todo el antiguo imperio, visto el estado en que se encontraba el mundo. La imagen de la ciudad eterna siempre estaba ante sus ojos desde el primer momento que la viera, y la idea de esta gran capital le hacía comprender que era la única que de tal pudiera servir para sus vastos Estados. Y si el obispo de Roma tenía pleno poder sobre todos los del Occidente, y lo iba extendiendo también sobre los de Oriente, ¿por qué él no podría hacer otro tanto con los reyes de Europa, siendo rey de Roma? La única denominación que á las varias naciones sometidas á Carlo Magno convenía no podía provenir de los Francos, ni de los Longobardos, ni de los Bavaros, ni de otros tales; la única que sin excitar celos y rencillas se adaptaba á la índole de tantos pueblos era la del *imperio romano*.

El papa Leon, que mereció en Paderborn una acogida digna de su excelso carácter y de su inocencia calumniada, partió á Roma escoltado con fuerzas militares, y fué recibido solemnemente. « Los Romanos, entusiasmados con la alegría de recobrar su pastor, salieron á recibirle: los obispos al frente del clero, los magnates, los senadores, la milicia, el pueblo, las monjas y diaconisas, las matronas, las mujeres, todas las escuelas de extranjeros, Francos, Sajones, Longobardos, todos, en fin, se reunieron en Pontemole, y con sus estandartes y banderas y en medio de cánticos religiosos le condujeron á la iglesia de San Pedro, apóstol, donde celebró misa de pontifical (1). » Comenzóse el proceso por una comisión de eclesiásticos y seglares nombrados por Carlos, para juzgar el desacato cometido con el Papa: parecía que ya Roma estaba bajo el protectorado de los Francos.

Reuniéronse todos los prebostes y próceres francos y romanos en San Pedro para juzgar los delitos que se imputaban al pontífice; pero

(1) ANASTASIO BIBL.

los prebostes declararon: « No tenemos facultades para juzgar á la cabeza de todas las iglesias; júzguenos á nosotros; á él nadie puede juzgarle; esa es la costumbre inmemorial. » Leon afirmó no haberse separado del camino trazado por sus antecesores, y que estaba pronto á purificarse de los crímenes que maliciosamente le imputáran; y subiendo al púlpito juró que era inocente. Inmediatamente los obispos y seglares dieron gracias á Dios, á la Santísima Virgen, á San Pedro y á todos los Santos. Los enemigos del Pontífice, convencidos en juicio, fueron condenados, según el derecho romano, á muerte, conmutada, por intercesión de Leon, en destierro allende los Alpes.

Después el día de Navidad (799), asistiendo Carlos á la misa pontifical, le puso Leon en la cabeza una corona, y todo el pueblo exclamó: « Vida y victoria al augusto rey Carlos, coronado por Dios, emperador grande y pacífico. » Poquísimas particularidades nos refieren los cronistas sobre este grande acontecimiento, que restauraba el imperio de Occidente, y lo dan casi como una sorpresa de Leon á Carlos. Pero no podía ejecutarse así un acto de tanta importancia, el cual debía haberse concertado de antemano en Paderborn. Solo que Carlos pensaba quizá en el modo de hacer que este acto no supusiese en el papa ninguna superioridad sobre el poder temporal, y el papa aspiraba á lo contrario; consiguiéndolo con la inesperada coronación, que pudo muy bien sorprender á Carlos, aunque dispuesto ya á ella. De este modo se encontró emperador, no á causa de sus triunfos, sino por libre don del pontífice. De seguro no preveía los cambios que resultarían de ahí para la vida social de Europa, ni la importancia que se reconoció más adelante á ese título.

Los donativos con que Carlos enriqueció á la Iglesia no sorprenden á los que saben que el obispo de Roma poseía ya grandes territorios en tiempo de los emperadores romanos; riqueza destinada á las muchas necesidades de la Iglesia, á las misiones y á los pobres. Habiendo perdido parte en las invasiones de los Griegos, Longobardos y Sarracenos, el conquistador franco se la devolvía. Era política de Carlos conservar la amistad del papa, que podía consolidar su reciente conquista sobre los Longobardos. Creía además que realizando la autoridad pontifical, comprimida por los Longobardos, reformaría mejor la Iglesia. Pero la conquista de Italia, las donaciones y la coronación de Carlo Magno son de los puntos más interesantes, no solo en la historia de la Península Italiana, sino en la de todo el Occidente, pues que á ellos va unida la soberanía temporal de la Santa Sede.

Toca á Gregorio II la gloria de haber renovado las confederaciones italianas, pues reunió bajo su presidencia religiosa las que no querían recibir el yugo lombardo, ni soportar el griego. Por lo tanto, ciudades y provincias, abandona-

das por los emperadores de Oriente, ó hartas de sus vejaciones, eligieron *duces* independientes, bajo la protección de la Santa Sede. Esta, ejerciendo la autoridad que le concedió el voto popular, parece no haber renunciado definitivamente á la dominación del imperio, hasta la donación de Pepino, que si bien no hizo variar la situación del Pontífice, la consolidó y le libertó enteramente de los emperadores de Constantinopla, sin reservarse ningún derecho de soberanía. En efecto, desde entonces los papas dejaron de guardar consideraciones al emperador de Constantinopla, y por el contrario rechazaron con energía sus pretensiones al exarcado de Rávena. Pepino, en la asamblea de Quercy del Oise, se obligó con el Papa á hacer que se restituyeran á la Santa Sede el exarcado y las demás ciudades y territorios usurpados por los Longobardos (1) y extendió un acta, firmada por él y por sus hijos, comprometiéndose á ponerla en posesión de dichas ciudades y tierras (2).

Venciendo por la fuerza de las armas á Astolfo, rey de los Longobardos, le obligó á restituir á la Iglesia y á la República romana la ciudad de Rávena con otras muchas; pero una vez pasado el miedo, Astolfo se negó á todo, y antes bien extendió sus usurpaciones; visto lo cual por el papa, llamó de nuevo á Pepino, quien estrechó á aquel á cumplir lo pactado, y envió á Roma al abate Fuldrado para que depositase allí, sobre la confesión de San Pedro, las llaves de todas las ciudades cedidas á la Iglesia y acta de donación que hacía de ellas el rey longobardo (3). Eran veintidos ciudades, la mayor parte en las costas del Adriático y hasta el Pó y el Panano, sin contar á Narni en la Umbría, países pertenecientes un tiempo al imperio oriental, que los había abandonado, acogiéndose los más á la protección de la Sede pontificia. En efecto, el emperador envió á decir á Pepino que le restituyese el exarcado y sus dependencias; pero Pepino se negó á ello, alegando que había emprendido aquella expedición en descuento de sus pecados y para favorecer á la Iglesia Romana. En realidad reconocía la dominación de hecho y la elección popular.

Así desde entonces los papas se consideraron soberanos de Roma y del exarcado, y en tal sentido están escritas las muchas cartas de Esteban II, de Paulo I y de Adriano, que viendo las redes que le tendían los Longobardos, le invitó á salvar á la Iglesia y á Roma. Carlos fué á Roma, y no solo reconoció la soberanía papal, sino que la extendió y consolidó, venciendo á sus enemigos. Á la sazón, la única garantía de independencia era el dominio temporal, pues

(1) LABBE, *Concil.*; ANASTASIO BIBL., p. 1624.(2) ANASTASIO BIBL., p. 1738, CENNI, *Monumenta donationis pontificie*, y ORSI, *Del origen del dominio y de la soberanía de los romanos pontífices*, y *Pouvoir du pape au moyen age* Paris, 1845, part. I, c. 1 y 2.

(3) ANASTASIO BIBL., p. 1626-27.